

**Clara Han, *Life in debt. Times of care and violence in neoliberal Chile*, University of California Press, Berkeley, 2012, 283 pp.**

Javiera Araya Moreno\*

Que el endeudamiento se ha convertido en una forma predominante de consumo en Chile, o que la calidad de la salud mental de los chilenos se correlaciona en alguna medida con su nivel socioeconómico, parecen ser dos afirmaciones banales en el contexto de la lectura de este libro. En él, la autora da cuenta de las complejidades, sutilezas y sofisticaciones de la articulación entre la deuda –una deuda que es tanto económica como moral y social– y el cuidado (*care*), entendido al mismo tiempo como afecto, preocupación y responsabilidad. El vaivén entre lo que se podría artificialmente considerar como un nivel macro y un nivel micro, se despliega de tal manera en el relato etnográfico que la articulación entre deuda y *care* es concebida al mismo tiempo como un fenómeno de la vida cotidiana de las personas, de las políticas públicas instauradas por el Estado chileno, y de las biografías de los habitantes de La Pincoya, que Clara Han siguió a lo largo de alrededor de tres años. Por un lado, se trata de la deuda que el Estado chileno adquirió con sus ciudadanos a través de las torturas, los asesinatos y la violencia de Estado durante la dictadura. La justicia transicional fue entonces comprendida como el reconocimiento de parte del Estado chileno de esta deuda social y moral, y por la implementación, en consecuencia, de una serie de programas sociales destinados al *take care* de la población marcada por estas experiencias: terapias grupales, antidepresivos, transferencias de dinero. Por otro lado, se trata de las deudas materiales contraídas por las personas, mediante tarjetas de crédito, de compras a letras y otras modalidades. La deuda permea tanto las relaciones en el vecindario como las relaciones afectivas y familiares; ella deviene una forma hegemónica de las relaciones sociales en el Chile neoliberal, mucho más allá de consideraciones estrictamente monetarias. La propuesta de la autora es fascinante, tanto por la fineza con que da cuenta de los lazos que se tejen en la vida cotidiana entre lo infligido por la dictadura del pasado y el sistema del presente, y las responsabilidades que se asumen al respecto, como por lo que devela en cuanto a los efectos perversos del neoliberalismo, esos efectos que no son menos reales porque sean de orden simbólico.

El libro está compuesto por seis capítulos más una introducción y las conclusiones. Cada uno de los capítulos se inserta coherentemente en la apuesta metodológica y epistemológica de la autora: descripción etnográfica y análisis se entrelazan en un relato en primera persona donde las referencias a las biografías de las personas que Han cruzó en sus diversas estadías en La Pincoya se intercalan con referencias teóricas –principalmente a lo que se podría llamar una antropología del *care* y del sufrimiento social– y textos oficiales producidos en Chile. En el primer capítulo, la autora introduce el vínculo entre la deuda monetaria y la vida cotidiana, documentando la manera en que las relaciones familiares se imbrican con las lógicas de endeudamiento. Las ampliaciones de las viviendas y la adquisición de ciertos

---

\* Universidad de Montréal.

bienes aparecen como prolongaciones materiales de las relaciones afectivas y de la manera en que uno cuida de sí mismo y de los demás. El segundo capítulo explora particularmente el rol del Estado chileno que, habiendo adquirido una deuda social con los pobres, intenta retribuirla por medio de programas focalizados cargados de nociones morales: “vivir con dignidad”, la bondad, la amabilidad o la solidaridad son erigidas por el Estado como ideales normativos hacia los que, sin embargo, solo es posible propender mediante la organización local (pollas, fiado, grupos de ahorro). El vínculo entre la deuda del Estado (reflejada por ejemplo en las reparaciones instauradas luego de la Comisión Rettig) y la deuda de las personas es analizado en el capítulo tres, donde Han propone que la precariedad económica en la que viven los habitantes de La Pincoya tiene que ser comprendida de manera conjunta con la violencia de Estado durante la dictadura. La tortura adquiere entonces un significado que va más allá del sufrimiento corporal: la tortura del pasado tiene continuidad en el presente. Las personas se refieren a la tortura para hacer sentido de su vida en la pobreza –“el hecho de no encontrar trabajo me está *torturando*”, “el sistema es una *tortura*”, “levantarme es una *tortura*”– y deuda, pobreza y desempleo constituyen entonces la violencia actual de un Estado que aspira, sin éxito, a pagar su deuda. El capítulo cuatro, intitulado “Depresión neoliberal”, se estructura en torno a la trayectoria de vida de una mujer, militante comunista en los setentas, actualmente diagnosticada con depresión. Su caso permite comprender la manera en que la continuidad de la violencia de Estado desde la dictadura afecta las relaciones familiares y afectivas más íntimas, cómo las deudas contraídas con los parientes y amigos pueden ser al mismo tiempo fuente de vergüenza y de lealtad, cómo las subvenciones dadas por el Estado para desarrollar pequeñas empresas no prosperan y solo reafirman el carácter moral y simbólico de la deuda. El quinto capítulo está dedicado a los programas de atención mental en la población, cuyo funcionamiento y desarrollo es descrito por la autora a partir de experiencias de observación *in situ* de sesiones de terapia grupal a las que asisten solo mujeres, que son completadas por entrevistas con responsables de estos programas. La propuesta de Han al respecto introduce la idea del “perdón” como una dimensión de la deuda, de manera que la omnipresencia de la necesidad del “perdón” –perdonarse a sí mismas, a los otros, a las circunstancias de la vida– circula desde un registro terapéutico a un registro político, y al revés. En el capítulo seis, la autora describe la distribución del “ánimo” en la población, administrado por medio de píldoras –principalmente antidepresivos– recetadas por centros hospitalarios pero circulando en la población según criterios que son sociales. Así, los antidepresivos son tomados para tener la energía suficiente para trabajar y los vecinos guardan las píldoras compradas con receta para poder redistribuirlas luego, contrariamente a las instrucciones médicas. La salud, física y mental, es así comprendida en vínculo con las relaciones sociales y, finalmente, con la historia: los males se transmiten de generación en generación, el dolor infligido por la dictadura se expresa en el dolor de la precariedad económica actual. La distribución de los capítulos no pretende, en ninguna medida, segmentar el fenómeno; se trata más bien de entradas temáticas ligadas a eventos en la relación de la investigadora con la comunidad.

Aunque los aportes de esta investigación son numerosos, tanto en términos de los hallazgos empíricos como de la metodología empleada, destacaremos tres características que nos parecen significativas en el contexto actual de la investigación sobre la pobreza en Chile

y de la utilización de enfoques etnográficos en sociología. La primera hace precisamente referencia a la perspectiva epistemológica y metodológica adoptada; la segunda, a la posibilidad de volver sociológicamente inteligibles ciertas prácticas de la vida cotidiana en barrios pobres urbanos de Chile; la tercera, al carácter políticamente significativo de una investigación que documenta la continuidad entre la violencia ejercida por el Estado durante la dictadura y aquella ejercida por el neoliberalismo en democracia. La adopción de un enfoque etnográfico, que no es solo concebido como observación de la realidad social estudiada, sino que como una apuesta epistemológica respecto de la complejidad de la realidad social que estudia, nos parece excepcionalmente fructífera. La pobreza, el trabajo, el endeudamiento, la organización comunitaria, la depresión, la violencia, el consumo, las estrategias de solidaridad entre los vecinos, están efectivamente presentes en la realidad de la vida cotidiana de los habitantes de La Pincoya, pero son mucho más que “variables” a correlacionar. Según Han, más que de aprehender una realidad, se trata de ser receptiva a ella. Sí, existe una relación entre precariedad económica y enfermedades mentales; sí, existe también una relación entre la tortura y el consumo de antidepresivos; sí, existen estrategias para soportar la pobreza que se basan (o no) en lógicas neoliberales; sí, la economía se vive en un registro moral y no estrictamente económico; sí, las relaciones familiares están impregnadas de este registro moral. Sin embargo, este libro no trata de nada de eso en particular, sino que más bien de todo eso al mismo tiempo: se trata de dar cuenta de una configuración social en la que la deuda articula las relaciones sociales –y no las relaciones entre variables–. Desde esta perspectiva, las ampliaciones a las viviendas, el hecho de vivir allegado, el pago de letras por la compra de bienes, los préstamos que se piden a las patronas, los créditos suscritos con casas comerciales, el hecho de compartir los antidepresivos, las sesiones de terapias grupales, así como otras prácticas, adquieren pertinencia a la hora de entenderlas no como un resultado, sino que como encarnando en sí articulaciones más complejas entre violencia de Estado y neoliberalismo. De este modo, si el crédito se ha convertido en la forma predominante de consumo en Chile, esta investigación nos muestra que las formas sociales en que este se basa están intrínsecamente cargadas de sufrimiento y dolor –sembrados en dictadura–, ahí muy lejos de una perspectiva economicista del endeudamiento que lo destaca como salida racional de la pobreza. Una crítica a la obra nos parece pertinente: si el relato etnográfico reconoce de manera justa el rol de la investigadora en terreno, extrañamos una reflexión más profunda respecto de las implicancias de la posición de la antropóloga en las relaciones establecidas con las personas cuyas trayectorias de vida son descritas en el libro. Así, si ella reconoce que las entrevistas con algunos médicos y psicólogos fueron facilitadas por su condición de estadounidense estudiante de Harvard, la pregunta se impone también respecto de la manera en que su propia posición social fue negociada en el marco de su vida cotidiana en La Pincoya. Asimismo, esta reflexividad podría extenderse a cuestiones de género en el marco de una investigación de terreno, realizada por una mujer, donde la forma de entrar en la intimidad de los hogares fue precisamente mediante quienes jugaban el rol de mujeres madres de familia.

Finalmente, si Clara Han se pregunta “cómo” las personas viven en La Pincoya –en vez de “por qué” lo hacen de la manera en que lo hacen–, esta apuesta investigativa se revela extremadamente fértil para entender las relaciones entre el neoliberalismo como

sistema económico impuesto con violencia en Chile, y la manera en que en este sistema se desenvuelven actualmente lógicas que renuevan, reafirmando, un mismo pacto de dolor y de deuda moral y simbólica –además de económica– establecida entre todos los actores, al interior de las familias y respecto del Estado. Aunque la autora indica que su “escritura no ofrece un gran diagnóstico, sino que más bien la esperanza de que podemos estar atentos a las dificultades y los logros de estar en el presente de otro” (p. 28, nuestra traducción), el gran diagnóstico que ofrece esta obra consiste precisamente en dar a los procesos de precarización laboral y de deterioro de la calidad de vida de los habitantes de un barrio empobrecido de Santiago una inteligibilidad histórica, una densidad empírica y una realidad cotidiana que estremecen al lector.

Recibida: 20-06-2014

Aceptada: 30-06-2014